

Editorial

Amigos, colegas y seguidores, estamos delante de un nuevo número de nuestro Boletín, el 114, con el que cumplimos dos objetivos fundamentales, acercarnos a la recuperación de la periodicidad de nuestra revista profesional y sacar publicadas las comunicaciones presentadas en nuestras XIX Jornadas Bibliotecarias de Andalucía. Nos parece fundamental que el trabajo de tantos compañeros tenga su merecido reconocimiento en la publicación de nuestro Boletín.

Esta editorial no podría tener mejor contenido que las sentidas y emotivas palabras de bienvenida que nuestro compañero, colega y amigo Juan Venegas Columé, tuvo para darnos la bienvenida a Huelva en la celebración de las XIX Jornadas Bibliotecarias de Andalucía:

Aquella mañana luminosa sobrevolaba el cielo azul de Marsella con mi pequeño aeroplano. El archipiélago de Riou apareció entonces en la mampara del avión. Eran apenas cuatro semillas de girasol flotando en la inmensidad turquesa del Mediterráneo.

Absorto, ensimismado, mirando a la nada, con esa infantil cara de tonto que ponemos los tontos cuando la vida nos regala un segundo de placer, volaba hacia el sol naciente de aquel último día de julio.

De pronto, se puso a mi derecha un caza francés, su piloto me hacía gestos con la mano para que no interrumpiera su trayectoria. Le reconocí, volaba mucho más rápido que yo pero tiré del cable del acelerador y le grité con todas mis fuerzas: ¡Antoine... Antoine Marie... señor conde!

No me escuchó y se alejó dibujando con el humo de su escape una corona sobre un pequeño planeta.

¡Antoine, señor conde..., le persigo en este sueño porque quiero ser bibliotecario...!

Refrenó su vuelo, describió una elipse imposible sobre la cúpula celeste de Marsella, me acompañó dos segundos a mi izquierda... y escuché cien golpes

secos sobre la chapa de su avioneta. Mientras Antoine caía al vacío, un joven piloto alemán me miraba sonriendo tristemente desde la cabina de su Messerschmitt y me despertó un doce de noviembre de 1977.

Doce de noviembre de 1971, tenía 8 años, ¿qué hacía yo con esa edad pilotando un avión?

Ahora lo sé. Persegúa un sueño, nuestro sueño.

Me levanté súbitamente y cayó de mi almohada el pequeño libro con el que me había dormido aquella noche. Y así, de una experiencia fantástica nació este bibliotecario, sobrevolando Marsella con Antoine Marie de Sant-Exupery, mientras acariciaba las últimas páginas de “El Principito”.

Este bibliotecario que cuando abrió los ojos a la luz de esta profesión supuestamente maravillosa, súper guay, romántica y resultona; no sabía que conmigo, también ese día habían nacido con mi nombre y apellidos, con mi cara, mi cuerpecito gentil, y lo que es peor, todos pagados con mi único sueldo a repartir: un psicólogo, un cuentacuentos, un telefonista, un señor de la limpieza, un maestro, un gestor, un auxiliar de clínica, un orientador universitario, un experto en estadísticas, un fontanero, un policía local, un técnico de cultura, un jefe, un compañero, un dinamizador de barrio, un integrador de etnias y culturas, un payaso, un montador de estanterías, un catalogador, uno que pone tejuelos y cintas adhesivas, un agente turístico, un jardinero, un escritor, un político, un albañil, un saborío, una serpiente que dice ishiiiiis...!, un montón de etcéteras... y hasta un equilibrista de la paciencia y el saber estar.

Que mis compañeras a las que tanto quiero le pongan la “a” femenina a lo anteriormente dicho porque a mí ni me gustan las arrobas ni las barras de justificación sexista.

Lo nuestro es pura vocación, compañeros. Pura... y dura vocación.

Qué más da donde trabajemos, las horas que nos paguen, la categoría profesional que nos asignen, el reconocimiento, la gloria que nos roben. Nos duelen las miserias de una profesión tan digna, por supuesto; pero jamás olvidaré las palabras de un compañero cuando contaba su experiencia de levantarse cada día sintiendo el orgullo de ser bibliotecario.

Claro que sí, nuestro don es que todos hemos sido alguna vez principitos, Alicias, patitos feos o soldaditos de plomo y eso no nos lo quita nadie.

Por cierto, cuentos populares que nos empapan de historias de discapacidad e integración.

Y nosotros, los bibliotecarios en medio, regalando sonrisas y fomentando la educación en valores, eso que pone nombre a estas Jornadas, biblioteca social, eso lo hacemos a diario, nadie nos lo tiene que recordar. Y eso es lo que más me gusta de esta profesión, compartir con la sociedad la diversidad que existe en nuestra materia prima, los libros.

Ellos nos hacen a todos libres e iguales, alegres o sentimentales, superficiales o profundos, ellos nos ayudan a divertirnos o a hacernos pensar, a instruirnos o a engordar nuestras aficiones (1, 159.9, 641.5, 796), a crecer espiritualmente, a instruirnos o a seguir creyéndonos niños (17 o 087.5) y todo esto lo compartimos con nuestros usuarios.

Biblioteca y sociedad, simbiosis, matrimonio o pareja de hecho, eso somos.

Ahora para vosotros, compañeros políticos (32 en nuestra tabla). Vosotros que nos representáis en la Junta de Andalucía, en las diputaciones o ayuntamientos; os pido que reflexionéis sobre esta máxima: “No se puede amar lo que no se conoce ni defender lo que no se ama”. “No se puede amar lo que no se conoce ni defender lo que no se ama”.

Compañeros. Vosotros sois ese eslabón, a veces, muchas veces perdido entre una sociedad necesitada de mitigar su frustración con la lectura de un libro y los profesionales de las bibliotecas.

Me gustaría veros sufriendo la impotencia que nosotros sentimos cuando un usuario se queja de nuestros arcaicos equipos informáticos o cuando piden alguna publicación de éxito que no hemos podido comprar porque hace años que no hay subvenciones públicas.

Compañeros, sí, digo bien, compañeros, necesitamos vuestra fe en nosotros, vuestro convencimiento de que las crisis no se curan castigando a la cultura y menos a las bibliotecas, porque son el refugio de mucha gente sencilla que no tienen otro medio para acceder a internet, a una tertulia literaria o al libro que le gustaría leer.

Os recuerdo que los bibliotecarios somos gente entregada al servicio de los más vulnerables, que cumplimos como podemos, heridos en los medios y las condiciones para que nuestras bibliotecas y la ciudadanía no padezcan el olvido al que nos estáis condenando.

Inversión, reconocimiento y cariño. Inversión, reconocimiento y cariño os pedimos. No olvidéis el lema de este encuentro, “Biblioteca Social, Biblioteca y Sociedad”.

Queridas compañeras, queridos compañeros de las bibliotecas de Andalucía. Bienvenidas y bienvenidos a esta tierra de ojos azules, que por valiente fue pionera en el encuentro de nuevos mundos hace ya 525 años, de viejas culturas y gente amable. Bienvenidas y bienvenidos a la brisa atlántica, al duende serrano, al condado rociero y a la nobleza andevala.

Para nosotros, los bibliotecarios de esta provincia, es un orgullo acogeros en estas Decimonovenas Jornadas Bibliotecarias de Andalucía. Bienvenidos a las tierras y los mares de las gambas, los chocos, el jamón, las fresas y demás manjares que nos han hecho merecedores de la capitalidad gastronómica de 2017.

Ojalá la ternura nos permita seguir siendo principitos, Alicias, patitos feos o soldaditos de plomo.

Ojalá esa indestructible vocación nos alcance para llenar de vida a nuestras bibliotecas...

Ojalá sigamos disfrutando muchos años de una profesión tan hermosa.

*Bienvenidos a vuestra casa
Bienvenidos a Huelva*

